

lejos indica el mar Egeo, y una curva oscura, la orilla de la Troade (1), pasada Scutari, Bitinia y el Olimpo; detrás de Stambul, los ondulados desiertos amarillentos de la Tracia...

En resumen: dos golfos, dos estrechos, dos continentes, tres mares, veinte ciudades, millares de plateadas cúpulas y doradas agujas, y una gloria, en fin, de luz y de colores, que hace dudar de si aquello es una vista de nuestro planeta ó de otro astro más favorecido del Dios de los dioses.

(1) Region del Asia Menor que tenía por capital á Troya, y se hacía extensivo el nombre á todo el territorio ocupado por los troyanos.

DIVAGACION.

Y sobre la torre del Serasquier, como sobre la de Galata, como sobre el puente viejo, como en Scutari, me pregunté cien veces:

—¿Pero cómo has podido enamorarte de Holanda?

Y no solo aquel país, sino París, Madrid, Sevilla, se me representaban como ciudades oscuras y melancólicas, en las cuales no habría podido vivir un mes. Despues pensaba en mis pobres desgraciados, y me decía con amargura:

—¡Ah, desdichado, cuántas veces has prodigado las palabras *bello, espléndido, inmenso!* ¡Y ahora, qué vas á decir de este espectáculo?

Y me parecía que de Constantinopla no podría sacar ni una página para mi libro.

Mi amigo Rossasco, me decía:

—¿Pero por qué no pruebas?

A lo cual le respondía siempre:

—Pero si ya no me queda nada que decir.

¡Y quién lo creyera! A veces aquel espectáculo, por algunos minutos, á ciertas horas, con determinada luz, me parecía mezquino, y exclamaba desolado:

—¡Constantinopla! ¿Dónde estás, Constantinopla mia?

En otras ocasiones, un sentimiento de tristeza embargaba mi ánimo, pensando que mientras yo estaba allí contemplando aquella inmensidad y aquella belleza, mi madre, en reducido cuarto, no veía sino un patio sùcio y oscuro y un pedazo de cielo, y me remordía la conciencia, y habría dado un ojo por tener á mi buena viejecilla del brazo, para enseñarle Constantinopla y conducirla á Santa Sofía.

El día, sin embargo, trascurría casi siempre alegre y ligero; como horas de embriaguez. Y las raras veces que predominaba el mal humor y se ponía uno atrabiliario, mi amigo y yo contábamos con medios seguros de librarnos de la melancolía ó la nostalgia. Bajábamos á Galata en dos cáiques de á dos remos cada uno y de los más pintarracheados y dorados, y gritábamos:

—¡Eyub!

Y á poco nos encontrábamos en medio del Cuerno de Oro. Nuestros remeros se llamaban Mahmut, Bayazeto, Ibraim, Murat; contaban ochenta años entre los cuatro; y cada cual dos brazos de hierro, y vogaban en competencia, ani-

mándose mutuamente con gritos y riendo como chicuelos. El cielo sereno, el mar transparente, el aura embalsamada de perfumes que aspirábamos echando atrás la cabeza, bebiendo así como á sorbos el ambiente,... y abandonábamos una mano sumergida en el agua, experimentando placentera sensación. Los cáiques volaban y dejábamos atrás á nuestro rápido paso, palacios, kioscos, jardines, mezquitas. Nos creíamos arrebatados por el viento y transportados á un mundo de hadas, gozando así del placer inexplicable de sentirse jóvenes, y en Stambul. Yunk cantaba, yo recitaba baladas orientales de Víctor Hugo, y veía ahora á derecha, ahora á izquierda, ahora próximo, ya lejano, cruzar el aire un rostro amoroso, coronado de blancos cabellos é iluminado por dulcísima sonrisa, y que murmuraba:

—¡Sé feliz, hijo mio! Te bendigo y te acompaño con el pensamiento á todas partes.